

A C T I T U D E S

CINCO SONETOS

Por JOSÉ MARÍA RINCÓN

I

*R*ecuerdo aquella negra arquitectura,
aquella relación proporcionada
de tu pálida frente, coronada
de trenzas, imposibles de negrura.

Recuerdo, de tu helénica figura
—estática de gesto, reposada—,
aquella sensación de forma helada
de diosa que está quieta en su escultura,

Y recuerdo el final de aquella historia:
aquel quedarme solo, aquel vacío
tenderse de mi mano temblorosa...

Tú también la tendrás en la memoria
y pensarás en el dolor sombrío
de mi amor por el mármol y la diosa.

II

*Yo no sé si he empezado o si termino
este vivir de «apenas» y de «nada».
Yo no sé si la senda está doblada
y es un círculo ciego mi camino.*

*Tengo un temor a conocer mi sino
y un temor a volver con la mirada...
Temor de la pared y de la espada,
anclado en un presente sin destino.*

*Intento preguntar a cada trecho
y tan sólo responde mi memoria
con el largo rosario de mis penas.*

*Son tantas y tan grandes que sospecho
que, aun antes de empezar mi triste historia,
alguien tenía escrita mi condena.*

III

*Arrastro en el costado las señales
que el hierro me marcó para mi daño.
Por eso no lo dudo ni lo extraño,
ni me quejo al sufrir de tantos males.*

*Igual que los pacientes animales
laman la herida de su desengaño
y conocen la forma y el tamaño
del hierro que los hace desiguales;*

*así con sogá y hieirro, al matadero
me dejaré arrastrar por el sendero
acariciando todo lo que toco.*

*Y así también, con sangre en el aliento,
le gritaré a la hembra cómo siento
que se me va la vida poco a poco.*

IV

*Mi corazón soporta a duras penas
la bárbara tensión de su regreso.
Es como un gravitar, es como un peso
en todas las paredes de mis venas.*

*Mi sangre se me antoja que es de arena
y me raspa al correr sobre los huesos
y me ocupa y me ahoga en este exceso,
en este golpear que me envenena.*

*No extrañes encontrarme a tu llegada;
todo es tan nuevo como el primer día
y es todo, como entonces, tan incierto.*

*Sabré reconocerte en tu mirada
y tú acaso recuerdes todavía
aquello que murió sin estar muerto.*

V

A la muchacha que quería ser enterrada en el campo

*Un chopo vertical en la llanura,
un arroyo sin agua, una carreta,
un ancho mapa de llanura quieta,
señalarán tu extraña sepultura...*

*Eterno «estar» bajo la tierra dura
—bajo la tierra bárbara y concreta—,
que abrazará por fin tu carne prieta
para hacerte extensión y hacerte altura.*

*Piensa en lo horizontal de tu figura,
en lo incondicional de aquella entrega
que se ofrece sin tiempo y sin orilla.*

*Y en ese «estar» de tu mansión oscura
sentirás revivir tu carne ciega
con un temblor de arado y de semilla.*

